



LA OBRA DE SAN PEDRO APÓSTOL

DENTRO DEL SEMINARIO SAN GREGORIO MAGNO EN GHANA

Por Inés San Martín

“Sin el subsidio posible gracias a la Jornada Mundial de las Misiones, sería casi imposible reabrir el próximo año académico”.

— P. Michael Boakye Yeboah, Rector en funciones



Seminario Mayor Provincial San Gregorio Magno de un vistazo



Ubicación:

Kumasi, Región Ashanti, Ghana

Fundación:

1990

Formación de seminaristas para:

Seis diócesis de Ghana

Matrícula actual:

216 seminaristas

Pilares de formación:

Humano, espiritual, intelectual y pastoral

Apoyo: Subvencionado por la **Obra de San Pedro Apóstol** a través de las **Obras Misionales Pontificias de Estados Unidos**

Visión: Formar sacerdotes santos, preparados y compasivos, listos para servir a la Iglesia en Ghana y más allá.

En las colinas a las afueras de Kumasi, Ghana, donde el llamado a la oración se mezcla con el susurro de las palmeras y el murmullo de las granjas cercanas, el Seminario Mayor Provincial San Gregorio Magno se alza como un faro de esperanza para la Iglesia en África Occidental.

Aquí, 216 jóvenes de seis diócesis de Ghana viven, rezan y estudian juntos, preparándose para dedicar sus

vidas al servicio del Pueblo de Dios. Su formación —espiritual, humana, pastoral e intelectual— es posible gracias al apoyo de católicos de todo el mundo que colaboran con la Obra de San Pedro Apóstol, una de las cuatro Obras Misionales Pontificias.

“Desde los inicios del seminario, las Obras Misionales Pontificias han sido de una ayuda enorme para nosotros”, afirma el padre Michael



Boakye Yeboah, rector en funciones del seminario. “Sin el subsidio posible gracias a la Jornada Mundial de las Misiones, sería casi imposible reabrir el año académico 2026-2027.”

Ese subsidio anual, explica, cubre lo esencial de la vida cotidiana. “Se utiliza principalmente para alimentar a los seminaristas”, señala. “Los agricultores locales de las seis diócesis nos envían alimentos, pero es el subsidio el que constituye la base principal de los fondos necesarios para alimentarlos.”

Las facturas de electricidad, el combustible para el generador y

el mantenimiento de los pozos que suministran agua potable a la comunidad también dependen de esos fondos. “La mayoría de nuestro personal docente y no docente solo recibe un pequeño gesto de agradecimiento”, añade el padre Boakye. “Seguimos agradecidos a Dios por regalarle al seminario los servicios de estas personas tan generosas.”

Semillas de vocación

Detrás de cada vocación hay una historia —muchas veces marcada por la resiliencia, la fe y la gratitud—. Para **Andrews Kwasi Yeboah**, estudiante

de segundo año de filosofía, esa historia comienza en los campos de la Región Bono, en Ghana.

“Vengo de una familia humilde y trabajadora, dedicada a la agricultura”, cuenta. Sus padres, ambos pequeños agricultores, trabajaron incansablemente para criar a cinco hijos. Cuando sus padres se separaron, su madre asumió toda la responsabilidad de sacar adelante a la familia. “A través de estos desafíos aprendí los valores de la resiliencia, la vida en comunidad y el trabajo duro”, recuerda.

Su llamado al sacerdocio fue creciendo de manera gradual. “El 1 de enero de 2022, durante un programa de formación espiritual en nuestra parroquia, algo despertó dentro de mí: un deseo auténtico y ardiente de responder al llamado de Dios”, cuenta. Animado por su párroco y un amigo cercano, se postuló al seminario después de terminar la escuela secundaria.

“La vida en el seminario es una experiencia profundamente reflexiva y transformadora”, explica Andrews. “Permite responder de manera significativa al llamado de Dios mientras uno crece espiritual, intelectual, pastoral y humanamente.”

Aunque el camino tiene sus desafíos, afirma: “Los abrazo como

parte de mi crecimiento y preparación para servir con entrega en el futuro.”

Responder a un llamado persistente

Para **Kelvin Dwomoh Frimpong**, el llamado al sacerdocio fue más bien una voz suave pero persistente que se negó a ser ignorada.

“Nací en una familia católica devota en Asante Mampong”, comparte. “Desde muy pequeño participábamos activamente en la vida parroquial: asistir a misa, rezar el rosario, servir en el altar”.

Sintió por primera vez la atracción al sacerdocio siendo niño, mientras era monaguillo. “Admiraba a los sacerdotes que celebraban la Eucaristía con tanta reverencia y humildad”, recuerda. Pero las dudas sobre su propia dignidad lo llevaron por otro camino. Se convirtió en maestro y pasó dos años en el aula. “El llamado no desapareció”, afirma con sencillez. “Solo se intensificó”.

Con la guía de directores espirituales y el aliento de varios sacerdotes, Kelvin ingresó a san Gregorio. “Fue un momento de entrega y confianza en el plan de Dios para mi vida”, recuerda. “El seminario ha sido un camino lleno de gracia, de crecimiento personal, formación espiritual y un profundo autodescubrimiento”.



and maturity. “The priesthood is not merely a profession,” he says, “but a sacred vocation, a lifelong mission of love, sacrifice, and service to God and His people.”

A Late Vocation, a Living Witness

At 39, **Paul Badoh** is among the oldest seminarians at St. Gregory’s — what the seminary calls a “matured candidate.” His journey to the priesthood has been anything but linear.

“As a boy, I wanted to go to school like other children, but my parents did not have the means,” he recalls. Instead, he became a tiler, mastering

his trade and finding steady work. Yet, “my childhood desire to become a priest grew stronger.”

Encouraged by his parish priest, Paul entered primary school as an adult. “People made fun of me because my classmates were far younger than me,” he says, “but I was determined.” Step by step, he advanced through school and was eventually admitted to the minor seminary — and now the major seminary in Kumasi.

“It was a dream come true,” Paul says. “Here in the major seminary, I do not carry the usual financial burden because my school fees are covered

by the kindness of benefactors from the United States and elsewhere.”

He is acutely aware of how fragile that support can be. “Without the generosity of those who share what they have, I could not pursue my vocation. But I know that God will always touch the hearts of kind benefactors so that we can continue our studies.”

Faith, Formation, and the Future of the Church in Africa

Ghana is home to more than **3.5 million Catholics**, about **10 percent of the population**, according to the *Annuario Pontificio 2024*. The Church is young, dynamic, and growing — but with that growth comes the challenge of forming enough priests to serve the faithful.

Across sub-Saharan Africa, the number of seminarians continues to rise, even as vocations decline in other parts of the world. According to Vatican data, nearly **one in three seminarians worldwide** now studies in Africa.

“The formation of priests here is not just for Ghana, but for the entire Church,” Father Boakye says. “Many of our graduates serve in other African countries, and even beyond.”

In Ghana, where agriculture remains the main livelihood for more

than **30 percent of the population**, many seminarians come from humble farming backgrounds like Andrews’s. Their formation — sustained by the generosity of Catholics around the world — ensures that future priests can continue to preach the Gospel in communities that hunger not only for bread, but for the Word of God.

Each day at St. Gregory’s begins with prayer and ends in gratitude. “During our communal prayers,” Paul says, “we always remember our benefactors. Our rector reminds us that we must pray for those who help God provide for us.”

The seminarians’ lives are marked by simplicity, study, and service — and by hope. “The day we are ordained,” Kelvin says, “it will not be our accomplishment alone. It will be the fruit of many hands, many prayers, and much love.”